

MEMORIAS DEL TONY CONDORITO JR.

Fernando Pontigo Silva

Soy el payaso Condorito, igual que mi papá. Mi papá y mi mamá eran de circo y yo nací en el circo, estuve desde niño en el circo. Y desde los 20 años me convertí en payaso.

Antes, uno hacía de todo en el circo, andaba por los camarines, fui trapecista, acrobacista, hice cama elástica, barra, blondín y números de circo. Recuerdo que desde los doce años hacía acrobacias con mi hermano y mi hermana, el “dandy”, después barras y camas elásticas. Y ahí nos teníamos que pintar, pero en serio como payaso, en serio, tenía como veinte años.

Yo no partí en el circo de mi papá, mi papá era de afuera del circo, pero mi mamá era de adentro, ella era alambrista, se enamoraron y ahí él se hizo payaso. Nosotros somos más cirqueros por parte del lado de mi mamá que de mi papá. Los abuelos de mi mamá, andaban con carretas de bueyes, mi mamá contaba que ellos caminaban por la orilla del camino y en la carreta iban los artistas y todo el circo. Era romántico, donde los pillaba la noche, ahí no más se quedaban.

En ese tiempo había más camarines que trailers y uno tenía que saber armarlo. Era bonito, romántico. Cuando hacíamos giras al norte, íbamos en unos trenes de pasajeros que eran igual que en el oeste americano y paraban en las salitreras. Era un carro de pasajeros, otro de carga y todo el circo. Era en el año 1962. Era bonito ese sistema, ir a las salitreras, que ya no hay. Allá esperaban al circo. De una salitrera a otra, tenían que esperar el tren que pasaba una o dos veces a la semana, para ir a la otra salitrera. Llegábamos hasta Arica y luego volvíamos en tren a Santiago. Íbamos en camión también, más para el norte que para el sur. Aunque igual estuvimos en Punta Arenas, en Argentina. El circo de mi tío se llamaba “Africano de Fieras”. Ahí íbamos en tren, parábamos en medio del desierto, le echaban agua al tren y continuábamos. Yo era niño, y era bonito. Llegábamos a las salitreras, a descargar el carro de carga, montar todo, mientras los niños miraban cómo uno armaba el circo. En ese tiempo, el circo era la única entretención que tenía la gente en todos lados. Entonces nos recibían muy bien. En el norte, grandes y chicos, todos iban a ver cómo uno montaba el circo, y se quedaban viendo, después salía el convite general y toda la gente de las ciudades pequeñas iban.

Muchos niños conocían a los animales en el circo, porque no podían venir a Santiago a verlos. Veían, monos, leones, había mucha aglomeración de gente. Todavía a la gente de Chile le gusta mucho el circo.

Era más difícil que ahora, pero como a uno le gusta, y estuvo de niño, uno necesita estar aquí, estar allá, uno es como un pájaro, no puede estar mucho tiempo en un mismo lugar. El circo para el que le gusta, es bonito. No quiere decir que no hayan problemas, no, hay problemas, pero uno tiene que saberlos llevar. Porque en todo trabajo hay problemas. Ahora está mejor, ahora casi todos los circos tienen sus tráiler, sus camionetas, ahora es más moderno.

Yo pienso que era más fácil que ahora. Porque como había pocos circos, la gente de los pueblos no conocía las rutinas, ahora en las ciudades la gente sí, porque siempre hay un gracioso que se adelanta. Por eso ahora es mucho más difícil que antes.

Yo no elegí ser payaso. No me gustaba, porque si me hubiera gustado, lo habría hecho de niño, pero no me gustaba porque era muy vergonzoso. Vergüenza total. Y a los 20 años fue peor. Pero la profesión entró en mí. Y tenía que hacerlo bien y hacerlo lo mejor posible. Y ver reír a la gente, a uno lo hace ver que va por un camino cierto. Con el payaso he tenido que hablar con la gente, ver lo que siente la gente, conocer el país donde ha estado, porque uno no conoce la historia de los países donde va.

Me acuerdo de la primera vez que salí a actuar como payaso. Vergüenza total. Entré a la pista, miré para todos lados y no hallaba qué decir. No me salía la voz, quedé como robot. Lo bueno es que el otro payaso entró y se puso a hablar y así, de a poco, como en cualquier profesión, se aprende en el circo. Yo aprendí solo mirando. Y querer hacer las cosas cada vez mejor. Tiene que salir de adentro. Porque en Chile, no hay profesores, esto sale de adentro. Mirando se va aprendiendo. Algunos saben una cosa, otros otra y con el tiempo se iba aprendiendo más.

Antes, en los circos, había un payaso que mandaba y le decía a los otros payasos lo que tenía que hacer en su rutina. Y ahí vigilaba que lo hicieran bien. Le decía a cada uno que ensayara más el rondat, la vuelta de carnero, etc. Si no, le pasaba la rutina al que la hacía bien. Nadie podía pasar por encima de él. Se respetaba lo que él decía y entre todos se respetaban. Nadie tenía que sobresalir por sobre los otros. Generalmente el que mandaba era el dueño del circo.

Trabajé en varios circos. En Argentina estuve con mi hermano y mi hermana de chico, haciendo *dandy*, acrobacia. Y como Tony Condorito, trabajé en Perú, Bolivia, en el Circo Copacabana y en Brasil, bueno, yo me fui con un contrato de tres meses y terminé quedándome veinte años, aunque los parientes y amigos están acá, pero uno se siente bien allá, porque allá les gusta nuestro trabajo. Allá, he estado en el Circo di Roma, Circo de Beto Carrero, Bostock y Circo Miller. En Chile comencé de joven en el circo de mi papá, el Circo Brasil, y de ahí ya me fui para afuera.

Tuve bastantes pintadas. Al principio, me vi frente a las pinturas y terminé pareciendo más un indio que otra cosa. Tres dedos, una nariz y ya. Y después me fui haciendo un maquillaje, hasta dar con el que más me gustó. El vestuario me lo hacía mi señora, a mí me gusta el pantalón cumplido con una camisa. Porque allá en Brasil no se acostumbra usar tanta ropa porque es un país muy caliente, ropa grande no. Y la peluca y las chalupas, que son los zapatos grandes.

Con mi señora fuimos viendo el vestuario y la pintura, porque no podía haber dos payasos iguales. Fuimos viendo lo que me iba quedando bien. A veces, uno se compraba una cámara, y se grababa en la pista haciendo alguna *reprise*. Y después se veía y le iba poniendo y sacando cosas. Porque uno no sabe lo que está haciendo. Cada uno tiene que llevar su ropa, su tenida.

Yo antes con mi hermano era el cómico, y ahora con mi hijo tengo que hacer el serio. Entonces, yo lo llevo a él. Antes, mi hermano, él me llevaba, ahora es al revés. Uno tiene

que tener las dos fases: el gracioso y el serio. Porque si un payaso se enferma, uno tiene que hacer su parte. Entonces, hay que saber hacer los dos lados.

Uno de chico tiene que aprender a ser de todo, el payaso, el clown y el tony. ¡Porque a veces puede salir otro mejor que uno! El clown es el más serio de los payasos y es el que les pega al payaso. De los payasos, uno de los dos es el cómico, el payaso o el tony. El payaso es el que más payasea. Los tres son distintos. Del payaso chileno es la espontaneidad, porque uno llega al picadero y quiere hacerlo lo mejor posible. Uno ha visto payasos de circos grandes que son sólo pintados, y están pintados bonitos, tienen trajes y pelucas bonitas, pero el chileno, llega al picadero y le hace gracia a la gente, entra en la gente, entra en el espectador.

Los europeos son de otro sistema, son sólo mímica. Aquí en Chile hay que hacer reír a la gente. Porque puede ser que si uno hace un chiste y el de la galería ya se lo sabe, el payaso tiene que decirlo antes, porque la gente en Chile es muy rápida de mente. Y eso es difícil. En Brasil hice más mimo, por el idioma, pero uno tiene que saber tirarse a clown, hacer puntapié, una clave, y la gente se ríe.

El Tony chileno tiene esas ganas de andar payaseando. No es sólo una pintada bonita, una peluca, y que no se tiran al suelo. Los payasos europeos son más mimos que otra cosa. No, el payaso chileno se tira al suelo, le llega un puntapié, se levanta. Acá si hay barro, tiene que tirarse al suelo igual, embarrado, mojado, al aserrín, ¡vamos! Eso tiene el payaso chileno, va con las ganas de hacer las cosas bien. Saber hacer cascadas, caer al roll, todo eso. Y lo principal, entrar con ganas a trabajar, porque si no, la gente se da cuenta. Son cosas que se van logrando con el tiempo.

Me gustaban bastantes payasos. Mirarlos sí, hacerlos no. Caluga, Caluga Chico, (Abraham), Chicharra, Agustín, ellos entran con ganas a la pista, con alegría.

Tengo muchos recuerdos de ellos. Me acuerdo en especial de Folleque, Chamaco, Cumparsita, Panchulo, Chocolate, Kiko, Matita. El sistema de los payasos era distinto. Cada uno tenía su rutina. Antes había cinco payasos, ahora hay uno o dos, hay menos. Entonces cuando uno era niño, los miraba y le gustaba lo que hacían, Chicharra, Pollito Pérez, Caluga. Tenían su propia rutina, la ensayaban y a la gente le gustaba mucho. Chicharra, Caluga, Pollito Pérez, había otros que eran más cómicos. Porque en el circo antes entraban de a 8 a 10 payasos a la pista, cada uno con su rutina, y algunos eran los cómicos que son los que uno más recuerda. Había tres o cuatro que llevaban los papeles principales. Los otros no eran tan nombrados. Antes era así. Eran bastantes payasos. Yo no sabría decirle por qué hay tan buenos payasos aquí, aquí uno levanta una piedra y hay cincuenta payasos.

Una vez estuvimos con don Abraham, en el circo del Caluga, con Chicharra porque él fue a trabajar al circo de mi papá -y uno también trabajó con él y hartos payasos que ya no me acuerdo mucho- con Chamaco, parcito!!, iban al circo de mi papá y algunas veces uno se metía a hacer una *reprise*. Todos los jóvenes queríamos llegar al Águilas Humanas algún día, todos, porque llegar ahí era como ser de la Selección Chilena de Fútbol. ¿Y cómo había que hacerlo? Trabajando primero en circos pequeños, de familia para que lo vieran trabajando a uno. Varios lo lograron. De ahí se fueron afuera del país. Recuerdo que era un circo bonito, era el más grande de Chile, que traía artistas de afuera. A mí no me dio y nos quedamos en el circo de mi papá, porque así lo precisaba.

Uno en Chile tenía que hacer varias rutinas, porque con el circo de mi papá, andábamos en los barrios. Y uno tenía que cambiar la rutina casi todos los días porque la gente se repetía, sobre todo los niños, porque uno a veces decía un chiste y el de la galería ya se sabía el chiste. Entonces uno tenía que cambiar la *reprise*. En un circo grande es más fácil trabajar porque uno puede hacer la misma *reprise* por un mes y la gente no se repite. El circo de barrio es muy difícil.

Tantas rutinas, "Los Guantes", "Los Pasos", "La Corrida de Toros", donde salía una gran cantidad de gente y el toro batía con todos... uno veía que gustaba y eso era bonito. No tenía que gustarme a mí, sino a la gente. Hay varias *reprise* que a uno le gustaban pero no pegaban en la gente. Es a gusto del cliente, jajaja.

Cada *reprise* tiene su música. Porque no puede ir una música lenta si se está haciendo una rutina rápida. Ahora es así, antes era con músicos. Ahora se puede trabajar con más música que antes eso sí. Porque uno anda con su *pendrive* y su música para que salga lo mejor posible su rutina.

La música le da más valor a la rutina. Sirve para que la gente entre, el sonido lo lleva a uno y a la gente. Yo tocaba batería, porque faltaba en el circo de mi papá. A veces también me tocó tocar un trombón viejo, pero sólo tenía que echar aire, no tocaba, me ponía entre medio de los músicos para que se viera más grande la banda. Había bastantes payasos antes, hacían cantos cómicos, otras rutinas como coplas, como eran hartos payasos, se hacían *reprises* de todos los payasos. Cosas que hoy se han perdido. Las coplas eran buenas, se hacían con los músicos, se hacían chistes malos, cosas de doble sentido, pero lindo. Gustaban mucho.

Yo no le puedo decir cómo es Condorito, eso tiene que decirlo el público. A la gente le gusta lo que uno hace, acá en Chile, todos somos payasos. Yo no puedo decir que soy el mejor, solo quiero hacer reír a la gente. Cuando a uno lo anuncian, que es de Santiago de Chile, uno tiene que entrar con todo, cada uno tiene su barra.

A veces el público es apático, y uno tiene que buscar hasta que entra. A veces no entra no más, ahí está lo malo, ahí hay que saber llevar al público. Es difícil. Aquí en Chile, si el payaso es malo, aunque el trapecista se dé cinco vueltas, si el payaso es malo, el circo es malo.

Pero nadie es mejor que otro. Porque todos queremos hacer las cosas bien.

Cuando uno le saca una sonrisa a un niño, porque el niño es sano, uno tiene que hacer cosas para ellos, no pueden ser de doble sentido. Porque después el niño llega a la casa le cuenta a los papás, tiene que ser sano. Al niño es fácil hacerlo reír, con una patada, una clave, un tarro en la cabeza. Ahora hay muy baja categoría en los cómicos de televisión, ahora son puras groserías. Al payaso no le gusta decir garabatos, prefiere el chiste sano. Eso hace reír a los adultos pero no a los niños.

El payaso es todo. Sin payaso el circo no es circo. Puede presentar lo que sea, pero si no hay payasos, el circo no es tal. La gente va a verlo a él. El mago puede ser muy bueno, o el trapecista o el malabarista, pero si no tiene un payaso bueno, el circo va a ser malo.

Yo digo que en Chile somos todos medios payasos, y cada vez van saliendo más payasos buenos, y en cada lugar siempre hay un payaso chileno. Lo mismo que en Brasil que tienen bastantes globistas, del globo de la muerte, en otros países son más alambristas, en México, son más trapecistas. Pero en todo lugar hay payasos chilenos. Cambian sí algunas pocas cosas, pero lo mismo que hacen aquí lo hacen afuera.

Todos somos payasos. Decimos: “ya anda payaseando”, en todo lugar hay un payaso, en la oficina, en la cancha de fútbol. Yo pienso que todos tenemos un payaso dentro de nosotros que está muy escondido, y a veces uno lo saca. Pero uno tiene que saber sacar un chiste en el momento adecuado. Porque uno es alegre, igual que el payaso, tiene tristezas, igual que el payaso y tiene problemas igual que el payaso.

Yo le diría a las nuevas generaciones que continúen haciendo reír a los niños, que lo hagan bien, que entren a la pista con ganas, si el circo está lleno o aunque haya sólo tres personas. Tiene que correr por sus venas el aserrín de payaso. Que le guste lo que haga, porque precisamos mucho reírnos y nadie mejor que un payaso para hacerlo.

Y para mí ahora entrar a la pista es lo mejor que hay. No se puede entrar triste. Yo una vez entré a la pista con dolor de dientes, y tuve que igual hacer reír a la gente. Ya después, vuelta de carneros para allá y para acá porque ya no aguantaba más el dolor. Pero adentro de la pista uno lo da todo, hay que hacerlo bien, hacer reír. No importa que un matrimonio se pelee afuera, pero adentro no. O si el circo está con poca gente, el público no tiene la culpa, ellos van a pasarlo bien, porque quieren olvidarse de sus problemas, no pueden ir a un circo y ver un payaso triste. Ahí se ve si un payaso es bueno o malo, porque si hay dos personas tiene que ser igual de bueno y alegre que si el circo está lleno.

Hay que hacerlo con fuerza, alegría, se entra como sea. Uno tiene que saber estar con la gente, si ve que la gente no se ríe o si se alarga, hay que cortar la rutina. O también, uno tiene que estar atento al clima. Si hay un temporal, hay que estar atento, porque es peligroso para todos. Estando adentro del picadero, uno va sabiendo todo. Si está bueno y la gente se está riendo, si no, se va por el otro lado, uno tiene que ir viendo cómo están, hasta entrar en la gente, todo eso se va sabiendo con el tiempo. Uno está con un payaso al lado, hace así “pssss” y sabe. Porque el número no es tanto como el payaso. Hay que ser flexible, y con el tiempo se va haciendo más fácil.

Como Fernando Pontigo no me parezco al Tony Condorito, no creo. Porque yo soy vergonzoso. No me gustan las entrevistas. Pero uno tiene que entrar a la pista y sacarse todo eso, porque tiene que gustarle a la gente. Me cuesta más dar una entrevista que estar en la pista. A veces con los amigos, hago chistes y todo eso, con los muchachos ahí sí, pero en entrevistas no. Y antes era peor. En otros países, presentaban al payaso de Chile y yo decía: “no está, salió”, porque no me gustaba.

Me ha servido ser payaso, yo ahora estoy en Brasil y eso que a mí no me gustaba ser payaso.

A uno no le gusta ser payaso porque todos se ríen de uno, pero es la vida de uno, uno tiene que ser payaso porque la gente viene al circo para que uno les dé alegría. Uno no puede dar tristeza, o entrar a la pista con tristeza porque le duele un diente. Aunque

detrás de las cortinas, uno caiga desmayado, pero en la pista hay que hacer reír a la gente. Difícil misión, pero uno se acostumbra y al final es bonito.

Ya estoy terminando. Pero todavía tengo trabajo allá en Brasil. Allá les gusta lo que uno hace, lo mejor es sacarle risas a las “crianzas”, o sea a los niños.

Con esta profesión me gano la vida y hasta ahora soy feliz. He conocido otros países. He conocido hartos países, si no lo hubiera sido, yo nunca hubiera conocido tantos lugares. Yo pienso que el payaso debería trabajar hasta el último día de su vida, y luego detrás de las cortinas, chao. Es lo que yo pienso, seguramente no todos quieren lo mismo. Pero para mí ese sería bonito un final.

